

do, sin alabar con efusión al Sacramento de las misericordias inefables.

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

¿Cuál será la falta y cuál el castigo de aquellos que desprecian la Misericordia divina? Si la Misericordia detiene ahora el brazo de la Justicia, ¿cuáles no serán las terribles represalias de la Justicia, tanto tiempo contenida, pasada la época de la Misericordia? Piensa, reflexiona que cuanto la misericordia es más grande, magnífica y generosa, tanto será más terrible la venganza que por ella tome la justicia. Esfuérzate en hacerte el objeto de la clemente y paternal Misericordia, para no caer un día bajo el cetro vengador de la Justicia!

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Toma la resolución y pide la gracia de no desconfiar jamás de la misericordia en tus caídas y de venir, por lamentables y frecuentes que sean, á prostrarte á los pies del misericordioso Sacramento, pidiéndole con su perdón, la gracia de confesarlos sin tardanza. La única falta irremediable es la de desesperar de la misericordia de Dios. Pero, á tu vez, sé misericordioso con tus hermanos, en pensamientos, palabras y obras.

PRACTICA:

Procura en todos aquellos sobre los que tienes alguna influencia, infundirles, por tus palabras y consejos, una grande confianza en la Misericordia de Jesús en el Santísimo Sacramento.

TITULOS HUMANOS DE LA EUCARISTIA

I.—NOMBRES DE BONDAD.

Jesús en el Sacramento es el Buen Pastor.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora, saluda con alegría, contempla con una mirada llena de amor y de reconocimiento, al Buen Pastor presente delante de tí, bajo los velos del Sacramento. ¡Oh, qué dulce es pronunciar este nombre! ¡Qué hermosos recuerdos de bondad trae á la memoria! ¡Qué confianza, qué paz y qué abandono inspira á el alma que sabe que es la oveja, si no siempre fiel, al menos deseosa de serlo, de este Buen Pastor! Oye como Jesús reivindica para sí con amoroso empeño, el título y las cualidades del Buen Pastor. “Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor sacrifica su vida por sus ovejas.—El mercenario en viendo venir al lobo huye, porque las ovejas no son propias de él y le importan poco. Mas yo soy el Buen Pastor y conozco á mi ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre, y pongo mi alma por mis ovejas. Ellas escuchan mi voz; yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna: ellas jamás perecerán, y nadie me las arrancará de la mano.” ¡He aquí la obra del Buen Pastor! El rebaño de su Padre había si-

do dispersado, errando á la ventura era presa de los lobos. El Buen Pastor vino á recoger las ovejas y á reunir las en un redil. Va en persecución suya, las atrae y las gana; toma á las descarriadas sobre sus hombros, no abandona á las más débiles, y de todas forma un solo rebaño que va guiando á los prados eternos.—Guarda sus ovejas, vive en medio de ellas y no las abandona ni durante el día ni durante la noche; cura á las heridas y cuida de los corderuelos con delicada ternura; vigila al lobo, lo aparta, lucha con él y le impide á todo trance disminuir la grey: tales son los oficios del verdadero Pastor.—Nada ha omitido Jesús para cumplirlos. Llama á sus ovejas y marcha delante de ellas dándoles buenos ejemplos. Les proporciona los buenos pastos de la verdad y las abreva en las aguas de los consuelos y de las esperanzas celestiales. Por último, con el fin de hallarse en medio de todos los rediles de su gran rebaño, extendido por todo el mundo, multiplica su presencia. ¡Oh, adora, contempla, saluda, ama á este Pastor de las almas, al Cristo dulcísimo del Sacramento.

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Reflexiona en estas verdades y regálale con ellas á fin de hacerle sentir á tu alma, todo el amor, toda la dulzura que encierran. ¿Hay algo más suave que esta comparación del pastor y de las ovejas, para simbolizar las relaciones que Jesucristo nuestro Criador y nuestro Juez, desea tener con nosotros? El pastor es el hombre sencillo, bondadoso, paciente, humilde, preservado por su mismo oficio de los vicios de las ciudades, de la cólera, de la alti-

vez y de la dureza. Es el hombre generoso que abandona su hogar y su lecho para vivir en medio de sus ovejas noche y día. Si alguna se halla herida, si nuevos corderuelos vienen á aumentar su rebaño, redobla su solicitud y se muestra más paciente y más cuidadoso. Pero también, ¡qué alegría tan pura disfruta cuando mira á sus ovejas á su rededor, cuando las ve acudir á su primer llamamiento, comer en su mano, ó dormir en su seno! Estos rasgos en los que Jesús y David, verdaderos pastores, se retrataron á sí mismos, delinean bien, aunque incompletamente, tu fisonomía de Buen Pastor. ¡Sí, no te cansas de velar noche y día bajo la tienda eucarística; *non dormit neque dormitet qui custodit Israel!* En vuestros brazos y en vuestro corazón nos acojes y nos llevas, cuando te recibimos en la Santa Comunión: *Sicut Pastor gregem suum pascet, in brachio suo congregabit agnos, et in sinu levabit, fetas ipse portavit.* En vuestra misma mano comemos, y de ella recibimos el Manjar celestial. *Acceptit panem in manus suas et ait: accipite!* Pastor amabilísimo, ¡cuánto te debemos! ¡Sé para siempre bendito!

TERCER CUARTO DE HORA—PROPICIACION.

La recompensa del Buen Pastor la encuentra en el bienestar de sus ovejas, en la seguridad de su rebaño y en su acrecentamiento. Nuestro adorable Pastor estimaría en poco todo lo que ha sufrido y estaría pronto á sufrir todavía más, si al menos nos aprovechásemos de su sacrificio. Mas, ¡cuántas ovejas se pierden á pesar de su vigilancia, obstinándose en arrojarse á las fauces del lobo devorador! Examina tu conducta en presencia del Buen

Pastor, ve si tu fidelidad y docilidad han correspondido á sus cuidados. Y si á menudo has sido oveja ingrata y rebelde, gime, conviértete más sinceramente á El, evita los senderos que te conducen al mal. En fin, para indemnizar en parte á este Pastor de tan afable bondad, sé una oveja tanto más asidua en estar junto á él, tanto más amante, generosa y agradecida cuanto que un gran número le hace sufrir abandonándole con incalificable ingratitud.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Fijando en el Tabernáculo tus miradas suplicantes y llenas de confianza, recita esta conmovedora oración de Santo Tomas: "Jesús, Buen Pastor, verdadero Pan de vida, ten piedad de nosotros; nútrenos, protéjenos, danos á gustar los verdaderos bienes de la tierra de los vivos!"

"Bone Pastor, panis vere
Jesu, nostri miserere
Tu nos pasce, nos tuere
Tú nos bona fac videre
In terra viventium!

PRACTICA:

Abandonarse con confianza al Buen Pastor y seguir con generosa fidelidad sus huellas.

Jesús en el Sacramento es el Médico de las almas.

(Primera meditación.)

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

Adora al amabilísimo y poderosísimo Jesús bajo el título de "Médico" que ha querido tomar, y del cual se gloria, cuyos oficios ejerció durante su vida mortal, y continúa ejerciendo ahora en el augustísimo Sacramento de la Eucaristía. "No son los sanos quienes necesitan de médico, sino los enfermos: *no egent qui sani sunt medico, sed qui male habent.*" (Luc. V. 31). Y el médico de la naturaleza humana, del alma y del cuerpo, de todo el Universo y de todos los tiempos es El! Desde el día en que el primer hombre comió del fruto vedado, el veneno se inoculó en las venas de la humanidad, vició sus humores, corrompió su sangre, y de tal modo la debilitó, que la hizo incapaz de ser del todo curada en la tierra; se halla siempre expuesta á los más funestos accidentes, á las más complicadas enfermedades! El pecado ha infectado, desorganizado, corrompido, paralizado al hombre, entrañando fatalmente su veneno en su espíritu y en su cuerpo, en su voluntad y en su inteligencia. La nomenclatura de las enfermedades del alma sería más larga de hacer que la del cuerpo, ya increíble. San Agustín ha dicho muy bien: "Para la grande enfermedad que toda la tierra padecía, era necesari-

rio un gran médico: El Verbo vino hecho carne: *magnus de celo venit medicus quia magnus per totum orbe terræ jacebat ægrotus.*” Vino y nos proporcionó los medios de curarnos. En El desde luego, como en su principio vital y en su órgano esencial, curó á la humanidad entera: por el contacto y la unión personal de su divinidad con el alma y el cuerpo que tomó, constituyó una humanidad absolutamente sana, viva y perfecta; y de esta humanidad hizo un principio vivificador, una medicina poderosa que cura y restaura á todos los hombres en los cuales se inocula. Este principio restaurador nos lo ha comunicado por sus palabras, que curan las inteligencias; por sus bondades y amor, que reaniman y rejuvenecen los corazones; por sus sacramentos, que penetran las almas y difunden en ellas sus virtudes y su vida. Honra al médico, dice el Espíritu Santo, pues el Altísimo es quien lo ha criado en su misericordia para curarte. *Honora medicum propter necessitatem, etenim illum creavit Altissimus. A Deo est omnis medela.* Honra y adora en Jesús la ciencia y la sabiduría perfecta del médico; pues él sabe por ciencia y por experiencia todos nuestros males y todos sus remedios; honra, adora en El su infatigable y empeñosa solicitud, que ninguna enfermedad, ninguna llaga por rebelde é ingrata que sea, enfría, ni entibia; hónrale y confíale tu curación; pero obedece todas sus prescripciones con escrupulosa fidelidad, y abandónate á su bondad, á su poder, á su sabiduría.

2.º CUARTO DE HORA.-- ACCION DE GRACIAS.

No puede uno recordar, sin sentirse avasallado por el reconocimiento, la bondad, la dulzura, la paciencia, la diligencia, con que Jesús, médico de las almas y de los cuerpos, se aplicaba á curarlos durante su vida. Iba hácia los enfermos, los llamaba y se dejaba rodear de ellos. Multitud de ellos le seguían siempre: *Magna multitudo languentium;* y á todos curaba: *Et curabantur omnes;* ya por medio de una palabra, ya por algún contacto, ó bien aproximándose al enfermo ó inclinándose sobre él y dándole con la salud del cuerpo, palabras de consuelo, y á menudo la fé, la conversión y la paz del alma. A aquellos que sufrían enfermedades del alma, peores que las del cuerpo, á los afligidos, á los abatidos, á todos los que lloraban, les prometía curarlos, reanimarlos, exhortándolos solamente á que llegasen á El. *Venite ad me omnes qui laboratis... et ego reficiam vos.* Ahora hace más, ó si te parece más exacto, dí extiende más su acción curativa y la ejerce con mayor amor. Viene á cada alma, la visita y penetra en ella, como si fuera para darse cuenta de todas sus llagas, de todas sus enfermedades, de todas las fuentes de sus sufrimientos: lo visita todo, penetra por todas partes para curarlo todo. Viene en persona, y su visita se prolonga; permanece cerca del enfermo y en él mismo. Todos los remedios están encerrados en uno solo que es maravilloso: es El mismo; sí, su divinidad y su humanidad, su alma y su cuerpo, su sangre y su corazón, sus virtudes y sus méritos, de todo esto ha hecho un remedio, un colirio, un unguento de vida y de inmortalidad. *Panis pharmacum immortalitatis est, mortis antidotum*

medicamentum purgans vitia et omnia pelens mala, (S. Ign. Antioch); y lo aplica al alma, al corazón, á las facultades, á las pasiones. Viene todos los días; y cada día aplica con la misma dulzura, con la misma condescendencia el remedio divino que encierra todas las virtudes, todas las eficacias. ¡Oh, qué fácil es de tomar este dulcísimo remedio! Bien ha dicho el Espíritu Santo: “El Médico celestial ha compuesto remedios de suavidad, un óleo perfumado: *In his curans mitigabit dolorem, et unguentarius faciet pigmenta suavitatis, et unctioes conficiet sanitatis et non consummabuntur opera ejus.*” (Eccle. xxxviii.) La curación es lenta, poco manifiesta, á menudo contrariada y detenida por las imprudencias y desobediencias del enfermo, no importa! No se desalienta y viene con la misma tierna solicitud; lo hará así hasta el fin, hasta el último día de la vida. ¡Oh Médico dulce y caritativo! ¡Quién dejaría de tener confianza en Tí y no te vendrá á dar las gracias con efusión!

PRACTICA:

Exponer nuestras penas, nuestras llagas, nuestras enfermedades al Divino Médico del Tabernáculo, y recibir á menudo la comunión bajo la forma de remedio.

Jesús en el Sacramento es el Médico de las almas.

(Continuación de la meditación anterior.)

PRIMERA MEDIA HORA.—PROPICIACION.

Esfuézate en ver sin rodeos, sin ilusiones, el número, gravedad y horror de las enfermedades á cuyos mortales ataques ha estado sujeta tu alma, y de los que todavía se siente amenazada. La concupiscencia es el fuego encendido en el interior de nuestro mismo sér, la fuente que mana continuamente podre; el modo en que vives, el aire que respiras, toda la creación sensible obran por fuera sobre este fuego interno. Oh! si pudiéses comprender tu debilidad y flaqueza; te despreciarías á tí mismo, y recurrirías con absoluta y humilde confianza al misericordiosísimo Médico celestial!—En lugar de hacer ésto, permanecemos lejos de El, despreciamos sus órdenes, rechazamos sus remedios; preferimos recurrir á las criaturas y buscar en ellas lo que sólo el Criador puede darnos. Pero, como la hemorroisa del Evangelio, gastamos en remedios inútiles todos los recursos de nuestra confianza, y nuestro estado va cada día agravándose: *Erogaverat in medicos omnem substantiam suam!* Ah! estas resistencias insensatas son las que nos ocasionan tantos males y le causan tan gran pesar á nuestro compasivo Médico! Démosle nuestra confianza á El que la merece, y no le avergoncemos dándoles á las criaturas la preferencia. *Fili in tua infirmitate, ne despicias teipsum; da locum medico, etenim*

illum Dominus creavit; et non discedat á te quia opera ejus sunt necessaria. (Eccli). La reparación no sería completa, si no deploras la insensatez y el furor de aquellos que, no contentos con ocultarle al Divino Médico sus mortales enfermedades, le persiguen con odio, le ultrajan, le hieren, apartan de él á sus hermanos enfermos, negándole su ciencia y la eficacia de sus remedios, poniéndole en ridículo é impidiéndole por la fuerza acercarse á ellos. San Agustín los estigmatiza con el mismo anatema que á los verdugos del Médico que del cielo vino á curarlos: *Homines desperare ægrotabant, et ipsa ægritudine qua mentes perdiderant, etiam medicum, cædebant, quin et occidebant.* Siempre cariñoso, siempre bueno, hacía poco caso de su honor y de su vida, no pensando sino en triunfar de nuestra malevolencia por su amor y su paciencia; continuaba orando por los frenéticos que le rechazaban, y cuando derramaban cruelmente su sangre, la ofrecía por su salvación. Hizo resaltar su bondad ante su vista para confundir su orgullo y ablandar la dureza de sus corazones. *Ille autem, etiam cum occideretur medicus erat: vapulabatur et curabat; patiebatur phæneticum nec deserebat ægrotum,* atado, encarcelado, burlado, crucificado, pensaba en una sola cosa; que era el Médico que había venido á curarlos. *Tenebatur, obligabatur, percutiebatur, irridebatur, suspendebatur, et medicus erat.* Oh! estos prodigios de amor, de generosidad, de paciencia y de humildad, tienen necesidad de ser comprendidos, para que el Médico celeste, víctima de su caridad, reciba en el respeto, obediencia, fidelidad y generosidad de los suyos, las compensaciones debidas á su dignidad, y los consuelos que su corazón reclama

SEGUNDA MEDIA HORA.—ORACION.

Complácete en repetir, apropiándotelas, las oraciones, las súplicas redobladas, las exclamaciones de angustia y de dolor que los pobres enfermos hacían llegar al Médico divino para obtener de él su curación; y recuerda, para sostener tu confianza, que fueron siempre escuchados, si no en seguida, para que su confianza fuera probada, al menos un poco más tarde.—Dí con el ciego de nacimiento: “Señor, haz que yo vea!”—Con los dos ciegos de Jericó: “Ten piedad de nosotros, Jesús, hijo de David!”—Exclama con la Cananea: “Ten piedad de mí, Señor, hijo de David: mi hija está atormentada por el demonio!”—y aun todavía: “Señor, escúchame! No merezco las migajas que nutren a los cachorros al pie de la mesa de sus señores!”—Con el pobre padre del poseso: “Señor, ten piedad de mi hijo que está poseído del espíritu maligno, que le aflige terriblemente!”—Con los leprosos, que viéndole venir de lejos, elevan la voz y exclamaban: “Jesús, buen Maestro, ten piedad de nosotros!” Si el orgullo, la impaciencia ó el desaliento, quieren disuadirte de continuar tus plegarias, exclama como el ciego de Jericó, con mayor fuerza y perseverancia. Que tu oración, aunque ardiente y continua sea humilde, como la del Centurión: “Señor, mi hijo está paralítico, y sufre horribles torturas. . . . No soy digno de que vengas á mi modesta morada; más dí una sola palabra y será curado!”—En fin, dí con la Iglesia, con el sacerdote que la repite todos los días, poco antes de comulgar, esta hermosa oración dirigida al Médico celestial: Que la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre, que voy á recibir, á pesar de mi indignidad,

no sea para mi condenación, sino que, por tu misericordiosa piedad, me sirva para justificar mi alma y mi cuerpo, y de remedio seguro: *Perceptio corporis tui, Domine Jesu Christi, quod ego indignus sumere presumo, non mihi proveniat in iudicium et condemnationem, sed pro tua pietate, prosit mihi ad tutamentum mentis et corporis et ad medellan percipiendam.*

PRACTICA:

Exponer nuestras penas, nuestras llagas y nuestras enfermedades, al Divino Médico del Tabernáculo, y recibir á menudo la comunión para su remedio.

— — —
Jesús en el Sacramento es nuestro
compañero.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Jesús, á quien adoro sobre este altar, á quien hallo noche y día, á quien encuentro siempre por donde quiera que valla; Jesús, tú que has salido á mi encuentro en mi primera Comuni6n; en el momento en que, saliendo de las prisiones de mi ignorancia, mi razón comenzaba á marchar por los caminos de su albedrío, y á quien desde ese día he encontrado siempre á mi lado; oh! qué cierto es que eres, como la has dicho por la boca de tus profetas,

y como lo enseñan los doctores de la iglesia, “mi compañero!” Yo te adoro bajo este nombre de bondad que te abate hasta mí! Veniste al mundo para estar con nosotros, para acompañarnos y permanecer unido con nosotros en todas partes, por humildes, oscuros, difíciles y temibles que sean nuestros caminos! Tenemos que atravesar la vida y el tiempo, para llegar al cielo: ¡Qué viaje! ¡Qué ruta! ¡Qué sombrío es este valle de lágrimas! ¡Cuántas cumbres tenemos que trepar, cuántos precipicios que atravesar!—No importa. Tú te has hecho nuestro compañero de camino y marchas con nosotros: *et iban cum illis!*—Estamos obligados al trabajo, á una larga y dura labor, que comienza en la mañana de la vida y no termina sino en la noche fría y nebulosa de la ancianidad. ¡Qué tierra tan ingrata! ¡Qué trabajo tan penoso! No importa. Has tomado nuestro yugo y compartido con nosotros el trabajo: trabajo manual, fatigas del apostolado, trabajas sin decaer y nos enseñas á no emprender nueva tarea sin tí, pues sin tu ayuda no podemos hacer cosa alguna útil.—Nacemos para el combate: y nuestra vida recorre un campo de batalla: combate encarnizado y sin tregua, pérfido y sin misericordia. No importa. Tú combates con nosotros, participas de nuestras pruebas ¡oh valeroso compañero nuestro de guerra!—Estamos condenados al destierro; nuestra patria es el cielo.

Nuestra ingratitud y nuestro orgullo nos han arrojado á un país extranjero, dominado por un príncipe sanguinario y cruel, llamado Satán, y nos hallamos en medio de naciones que nos odian y procuran nuestro exterminio.—No importa. Tú te has separado de tu hermoso país del cielo, morada de tu Padre, has abandonado las legiones an-

géticas que se ocupan en ensalzarte y servirte en los alcázares de tu glorioso reino y te has hecho el compañero de nuestro destierro, y te encuentras, como nosotros, aborrecido, perseguido y combatido!—Hemos sido condenados á llevar cadenas ignominiosas, nuestros crímenes contra la Majestad divina y nuestras inmensas deudas á su Justicia nos han hecho cautivos insolventes. ¡Cuán duros, crueles y despóticos son nuestros carceleros, los demonios y los vicios, los dolores y los sufrimientos! Jamás dan tregua á su tiranía y quisieran hacernos caer de la cárcel de los sufrimientos temporales á las mansiones de los suplicios eternos!—Y has descendido hasta nuestra prisión, ¡oh Hijo del Altísimo! Nuestras crueles cadenas, nuestros lazos ignominiosos han oprimido tus brazos, encadenado tus piés, posado sobre tu corazón. Jesús, yo te adoro, oh compañero de mi cautividad y de mis cadenas!

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Oh! qué dulce es saborear estas verdades delante del tabernáculo, en el que hace más de diez y nueve siglos, persevera acompañándonos, compartiendo las fatigas de nuestro viaje, las necesidades de nuestros combates, las amarguras de nuestro destierro, los desconsuelos é ignomias de nuestra cautividad! No has soportado todas estas penas, afrontado todas estas fatigas durante los cortos días de tu existencia? No tarda mucho la jornada de la vida; y si has sido fiel entrarás en el reposo y recibirás tu recompensa; tu destierro habrá ya terminado; tus cadenas se habrán quebrantado, y las señales que te hayan impreso brillarán como glo-

riosos estigmas. — Pero Jesús, nuestro adorable compañero, ¡ah! su jornada no terminará sino con los siglos, en la noche última del mundo! Semejante á esos hombres generosos que, por el amor de Dios, se ofrecen á pasar á los viajeros al través de los precipicios, se presenta sucesivamente á todas las generaciones que comienzan el viaje de la vida para guiarlas; anda errante con los desterrados por todas las regiones de la tierra, endereza por todas partes sus pasos, no retrocede ante ningún clima por malsano que sea, ni ante ningún desierto por horrible que pueda parecer. ¡Oh Amor! ¡Oh generosidad heroica! ¡Oh magnanimidad sublime! Regálale considerando los bienes que recibes de este incomparable compañero! La dulzura de su compañía, el encanto de su conversación, la condescendencia de su carácter; la buena dirección de tus caminos, la seguridad de tu viaje; el alejamiento de tus enemigos. Mostrándose tan generoso como previsor se ofrece á todos; á los viajeros dezasados, á los trabajadores fatigados, á los desterrados afligidos, á los prisioneros abatidos, á todos les ofrece las provisiones inagotables que ha preparado para ellos; su carne y su sangre, manjar dulcísimo, pan fortificante, gusto anticipado de la patria! ¡Oh amable é infinitamente amable compañero!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Examina si tu fidelidad ha correspondido á la suya: si no le has hecho alguna vez falsa compañía ó pérfida; si no has rehusado neciamente su asistencia; si no les has dado la preferencia á los compañeros que te lisonjeaban, pero que ciegos y

egoístas, no podían menos que conducirte al abismo; si no has resistido con frecuencia á sus inspiraciones, rechazando sus consejos, descuidando sus indicaciones; si en fin has sido para con él compañero descortés y desvergonzado haciendo inútiles sus combates, estériles sus socorros, más amargo su destierro, más dolorosa su cautividad!—Examina, repara, contrístate.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Pide todas las gracias, todas las virtudes que forman la fidelidad, que la aseguran y que la afirman hasta el fin, y sé en adelante un compañero fiel de Jesús. Pide también, para poner en práctica sus deseos, explicar sus palabras, asegurar los medios de su fidelidad, un compañero visible de tu vida espiritual, prudente, desinteresado y sobrenatural en todos sus caminos.

PRACTICA:

Habitúate á la compañía de Jesús por la visita cotidiana al adorable Compañero del Tabernáculo.

Jesús en el Sacramento es nuestro Siervo.

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

“*Ecce servus meus*, he aquí á mi siervo.” Esta expresión de Dios Padre nos propone un nuevo tí-

tulo que adorar en Jesucristo, una nueva forma de amor que contemplar y bendecir. “Siervo, esclavo,” pues estas dos palabras son sinónimas en latín, y la palabra *servus* tiene más bien el segundo sentido que el primero; tal ha querido ser el Hijo de Dios ante su Padre, tal ha querido ser nuestro Redentor y nuestro Rey ante nosotros.

“Se ha anonadado, dice San Pablo, el que sin usurpación podía decirse igual á Dios, tomando la forma de esclavo: *forma servi accipiens*.” Le bastó para aparecer en la condición de esclavo á los ojos de Dios y de los hombres, tomar el estado de la naturaleza humana en las condiciones á que la había reducido el pecado del primer hombre. Desde aquel día el hombre había dejado de ser hijo de la casa de su Padre y heredero de sus bienes; su alma no se sometía á la suave sujeción de Dios, ni el cuerpo á el alma. Dios le miraba como á un esclavo rebelde, del cual debía exigir todos los trabajos, sin prometerle ninguna recompensa. En estas condiciones vino el Hijo de Dios; se hizo hombre pasible, mortal, expuesto á todas las exigencias, á todos los castigos de la Justicia Divina.

Cierto día, ciñéndose una toalla, tomó una vasija de agua, y se puso de rodillas delante de sus apóstoles para lavarles los piés. Entonces se le oyó proclamar que “el hijo del hombre no ha nacido para ser servido, sino para servir: *venit enim filius hominis ministrare et non ministrari*.” Un instante después, servía á sus discípulos en la mesa y se consagraba para siempre al servicio de la humanidad. Como el antiguo esclavo se hacía una especie de cosa que á voluntad de la mano se gobierna, *mancipium*, así Jesús, el Hijo de Dios vivo, el Hijo del Rey, la libertad increada, la independencia

eterna, se hizo una cosa, un objeto de servicio que El nos ha puesto, entre las manos para que podamos usarla á nuestra voluntad. *Acceptit panem in manus et ait: Accipite ex eo omnes!* ¡Oh alma mía, contempla y admira esta profunda y maravillosa muestra de sujeción!—Adora en silencio esta maravilla del Rey de la gloria hecho esclavo tuyo, para confundirte y para anonadarte!

2. ° CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Las maravillas más incomprensibles, El Todopoderoso las ha hecho siempre con amor, están llenas de armonía, de encanto y de dulzura, aun aquellas que parecen asociar los más contrarios elementos, y violentar las leyes mejor establecidas. Así este increíble abatimiento de Jesús, respira amor, bondad, generosidad y condescendencia, y el alma que le contempla, se siente más movida al reconocimiento que á la admiración. Por amor se hace nuestro esclavo en el acto supremo de su amor: *in finem dilexit*; nos pide que aceptemos con amor y reconocimiento sus servicios. Quiere ennoblecer nuestra dependencia hácia Dios y hácia el prójimo, realizándola, haciendo una esclavitud voluntaria, una servidumbre libremente aceptada, animada de amor, y llevada por la generosidad hasta el sacrificio heroico. Para conseguir ésto, hace brillar en la servidumbre á que se ha sujetado en el Sacramento, las grandes y amables cualidades de que quiere vernos adornados y enriquecidos. Contempla cuánta es su fidelidad en la Hostia: siempre allí, de noche y de día, siempre vigilante, siempre atento, siempre pronto: acude á la primera

palabra, no oponiendo nunca resistencia; cuánta es su humildad, se hace pequeño y se oculta con tanto empeño, cubriéndose con un vestido tan humilde y tan pobre, guardando un silencio tan lleno de deferencia. Auxilia á los buenos en sus empresas, ruega por los malos, inmoliándose por desviar de ellos los castigos que merece su endurecimiento. ¡Cuán bueno es! cuán dulce, cuán benévolo, cuán paciente y cuán amable! Se siente feliz cuando nos sirve, y nos dice, y nos hace sentir en el fondo del corazón que es para él una alegría, una felicidad servirnos y ser nuestro esclavo! Oh siempre amable servidor de Dios y de los hombres en la Hostia, sé alabado y amado como mereces!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

La humilde y heroica sumisión de Jesucristo aumenta sobremanera la gravedad del orgullo, de la rebelión á las órdenes de Dios, y por consiguiente, de todo pecado. *Non serviam* le responde á Dios la criatura, que desde la primera culpa está sujeta al yugo más ignominioso. Mas Jesús: *Servus tuus sum ego Veni ut faciam voluntatem tuam*. He venido, ¡oh Padre mío! para hacer tu voluntad, así habla el servidor del Tabernáculo. Qué contraste!—Pero al mismo tiempo, qué lección, siempre dada en términos elocuentes, claros y apremiantes, de servir á nuestros hermanos, de ocuparnos de ellos, de humillarnos delante de ellos, y de soportarlos, qué ejemplo el de Jesús, servidor de todos en el Tabernáculo! No has visto escrito en todas las Hostias estas irrefragables palabras del Salvador: “Vosotros me llamais Maestro y Señor, y te-

néis razón porque lo soy." Pues si yo, vuestro Señor, os he lavado los pies, debéis vosotros prestaros los mutuos servicios que reclama la caridad." Examínate, confiesa tus faltas y repáralas!

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Toma la resolución y pide la gracia de servir siempre con la más grande fidelidad al Salvador, que se ha hecho siervo en el Sacramento. Sirvele, El merece tus servicios y los espera, vuélvele servicio por servicio; sirvele como él te sirve, al menos ten fijos en El siempre los ojos, para aprender cómo se sirve cuando se ama verdaderamente!

PRACTICA:

Ofrécete cada mañana á tu Dios, á tu Señor en el Sacramento, en todo lo que hicieres ó padecieres.

Jesús en el Sacramento es nuestro
Huésped.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

"¡Jesús nuestro Huésped!"—¡Nombre dulcísimo! Nombre de bondad que significa amor y condescendencia: amor de nuestro Rey que nos invita

y recibe, condescendencia de nuestro Salvador que quiere ser invitado y recibido. La hospitalidad es en efecto activa y pasiva, y bajo este doble aspecto es Jesús nuestro Huésped, y bajo ambos debe ser considerado y amado. ¡Oh, qué verdaderos son todos estos nombres de bondad! ¡Qué dulces y conmovedoras son las relaciones que establecen entre Jesús y nosotros!

Adora, pues, á Jesús, como á tu Huésped que quiere recibirte y con este fin te invita. Escucha lo que dice: "*Venite ad me omnes: Venid todos á mí.*" Insta, insiste: sus invitaciones son órdenes. Su morada domina las nuestras, visible, siempre abierta, siempre accesible; es verdaderamente la casa común, la casa de todos; y el Salvador allí se halla para recibirnos. Te recibe, para consolarte con su suavísima conversación; acepta tus homenajes, oye tus súplicas y tus quejas. Te invita á su divino banquete para nutrirte; su mesa está siempre aderezada, ricamente provista y servida por ángeles; festín del Rey, festín de Dios, al cual te invita, no una vez, sino todos los días de tu vida! Mas aún, te invita y te impele dulcemente á entrar, á permanecer y establecer tu morada en El mismo, en su Corazón: "Permaneced en mí!" Quiere que junto al Tabernáculo hagas tu morada, y que gustes todos los cuidados, todas las alegrías de la hospitalidad más exquisita y benévola! ¡Oh, qué Huésped tan magnífico y tan bueno, tan generoso y benévolo!

Pero al mismo tiempo quiere que nosotros le hospedemos; el Señor se ha hecho hombre, pobre, extranjero, para proporcionarle á su criatura el honor, el mérito y la alegría de ofrecerle hospitalidad. *Hospes eram. et collegistis me.* Siendo Niño, María